

JEAN D'ORMESSON

**UNA HISTORIA
SOBRE LA NADA
... Y LA ESPERANZA**

Traducción de
FERNANDO GARCÍA-BARÓ HUARTE

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2019

Tradujo Fernando García-Baró Huarte
del original francés *Comme un chant d'espérance*

© Éditions Héloïse d'Ormesson, 2014

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2019

C/ García Tejado, 23-27 - 37007 Salamanca / España

Tlf.: (+34) 923 218 203 - ediciones@sigueme.es

www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-2053-6

Depósito legal: S. 489-2019

Impreso en España / Unión Europea

Imprenta Kadmos, Salamanca

En tu Nada espero encontrar el Todo.

(Fausto, Goethe)

Al contener la promesa del Todo, la Nada designa el No-Ser, no siendo el No-Ser sino aquello por medio de lo cual el Ser adviene.

(Cinco meditaciones sobre la muerte, François Cheng)

PRÓLOGO

La idea, tan querida para Flaubert, de escribir una novela sobre nada rondó por mi cabeza durante mucho tiempo sin que yo fuera apenas consciente de ella. Pero al final se abrió paso dando un extraño rodeo. Estaba inmerso en la preparación de varios libros¹, cuando tuve que adentrarme en dos campos apenas conocidos para mí que, sin embargo, en los últimos cien años han avanzado de un modo inimaginable: la física matemática y la cosmología.

Matemáticos y astrónomos han llegado, podría decirse que milagrosamente, a conclusiones idénticas por caminos distintos. ¿Y qué han

1. Se refiere, en concreto, a *C'est une chose étrange à la fin que le monde* («El mundo es definitivamente algo raro»), publicado en París el año 2010, y *Un jour je m'en irai sans avoir tout dit* («Un día me marcharé sin haberlo dicho todo»), que vio la luz en la misma ciudad tres años después. Ambos títulos corresponden, respectivamente, al primer y segundo verso del poema *Que la vie en vaut la peine* (*La vida vale la pena*), de Louis Aragon (1897-1982), escritor y amigo de Jean d'Ormesson [Nota del traductor].

descubierto, los primeros de manera teórica y a través del cálculo, y los segundos mediante la experiencia y la observación? Pues que el universo tiene una historia. Esto constituye una verdadera revolución copernicana. Un trueno en el cielo de la ciencia.

Durante mucho tiempo, las grandes mentes pensaron, con Aristóteles a la cabeza, que el mundo era inmóvil y eterno. Los griegos, que lo inventaron casi todo hace dos mil quinientos años (la geometría, las matemáticas, la filosofía, el teatro, la elocuencia, la democracia...) en los territorios que baña el mar Jónico, conocidos por nosotros como Turquía meridional, al referirse con toda naturalidad a los dos astros que brillan en el horizonte uno por el día y otro por la noche, afirmaban que nada dejaba nunca de cambiar bajo el sol en nuestro, para ellos, mundo sublunar. Una expresión del efesino Heráclito sigue siendo célebre: πάντα ῥεῖ, todo fluye. Pero el mundo, a pesar de los cambios que se sucedían en su interior, propiamente no se movía. Estaba ahí. Y de él no se podía decir mucho más. El eleata Parménides, rival de Heráclito, defendía en la Magna Grecia, o sea, en el sur de Italia, que el ser es y que el no-ser no es. El no-ser no debía ni tan siquiera ser evocado, pues era imposible hablar de él. Para Sócrates, para

Platón, para Aristóteles, sucesores de Parménides y Heráclito, el ser humano era la medida de todas las cosas, y la tierra sobre la que reinaba era inmóvil y eterna en el centro del universo, también inmóvil y eterno como ella.

Pero algunos pueblos, que durante mucho tiempo fueron considerados primitivos a ojos de la cultura griega, tenían otra visión del universo que los rodeaba. Para ellos, el mundo había surgido de la nada tras una serie de aventuras que adquirirían –en Mesopotamia, Egipto, la India, China, África, la América precolombina, los países escandinavos (y también en Grecia para el pueblo llano)– las más diversas formas. Innumerables mitos protagonizados por animales fabulosos, tortugas gigantes, caballos de ocho patas, serpientes con plumas, flores de loto, árboles encantados, fuentes mágicas, alfareros divinos, enrevesadas genealogías de diosas y dioses que se engendraban los unos a los otros y hasta niños nacidos por un milagro, pretendían descifrar el origen de esas cosas que colmaban el hueco de su ausencia y que nosotros llamamos el mundo.

Un pueblo en particular se había construido alrededor de un libro sagrado que terminaría por desempeñar un papel crucial en la breve historia de los hombres. Se trataba de un insig-

nificante pueblo, procedente de Mesopotamia, que bajo la guía de Abrahán se asentó en el Mediterráneo oriental: el pueblo hebreo.

El libro que abría su Torá –la futura Biblia de los cristianos– llevaba por título *Génesis*. Narraba la creación en seis días, por obra de un Dios oculto al que estaba prohibido representar y al que casi no se permitía ni nombrar, de un mundo que no era eterno. Con temor y temblor, los judíos se referían a su Dios con los nombres de Jehová, Yahvé, Elohím o Adonay. Él hacía surgir de la nada el cielo y la tierra, la luz, los árboles, los animales y, por último, con los apelativos de Adán y Eva, al hombre y la mujer. Las palabras del Génesis figuran entre las más célebres de la historia de la humanidad:

Al principio Dios creó el cielo y la tierra...
Dijo Dios: *Que exista la luz*.
Y la luz existió...
Llamó Dios a la luz día,
y a la tiniebla, noche.
Pasó una tarde, pasó una mañana:
el día primero.

En los últimos cien años, los cálculos y las observaciones de sobresalientes matemáticos, físicos y astrónomos –Planck, Gamow, Fried-

mann, Lemaître, Einstein, Hubble, Bohr, Heisenberg y muchos otros— han establecido que el universo está expandiéndose a partir de una explosión primitiva que tuvo lugar hace trece o catorce mil millones de años. Aunque muy alejado del relato de la Biblia, el mundo visto por la ciencia se encuentra, a pesar de todo, en un punto que es esencial, más próximo a las enseñanzas del Génesis que a las concepciones de Aristóteles, a saber: que tuvo un comienzo y tendrá un final. Tiene, pues, una historia.

* * *

Lo que más me ha interesado en esta formidable aventura del saber, que va desde el hallazgo fundamental realizado por Hubble del distanciamiento continuo y acelerado de las galaxias entre sí, confirmado por el descubrimiento accidental de la radiación fósil de Penzias y Wilson, hasta el descubrimiento por el equipo del CERN de Ginebra del bosón de Higgs, llamado, de manera inapropiada y por exageración mediática, la «partícula de Dios», es la imposibilidad de remontar en el pasado más allá —o más acá, como prefiera el lector— de una fracción infinitesimal de segundo después de la explosión primitiva de la que surge el minúsculo grano de polvo que se convertirá en el universo.

Parece un chiste. A una millonésima, o una milmillonésima, o una centésima de milmillonésima de segundo, no lo sé, después del principio del principio –hay que imaginarse esta fracción de segundo como 0,000... y así cuarenta ceros más antes de que haya un 1–, se levanta de pronto un muro infranqueable. No es un muro religioso, teológico, poético, filosófico o ideológico. No. Es un muro científico. Se llama el «muro de Planck».

Más allá del muro de Planck, nuestras leyes dejan de ser válidas. Las leyes universales que se aplican en cada rincón de nuestro inmenso universo ya no funcionan. La todopoderosa física matemática, que tantos secretos nos ha desvelado, se atraganta, comienza a farfullar, pierde el control y enmudece. Es como si, de repente, en el umbral de nuestro universo a punto de nacer apareciese un astuto genio agitando una pancarta donde se lee: «Más allá de este límite, vuestra ciencia no vale».

Esta pancarta, levantada hace trece o catorce mil millones de años por el astuto genio, es la que me ha traído de nuevo a la memoria la frase, escrita por el autor de *Salambó* y *Madame Bovary*, acerca de una novela sobre nada.

* * *

ÍNDICE

| | |
|--|----|
| <i>Prólogo</i> | 9 |
| I. No había nada | 21 |
| II. Hace catorce mil millones de años | 23 |
| III. Desde sus orígenes, el universo | 25 |
| IV. Cabe pensar que el inmenso universo | 27 |
| V. El azar y la necesidad | 29 |
| VI. Frente a un azar ciego | 31 |
| VII. Dios es quizá espíritu y es quizá voluntad | 33 |
| VIII. Para quienes habitan este mundo | 35 |
| IX. La tradición, la mitología | 37 |
| X. En la imaginación, el universo | 39 |
| XI. Con su pasado que ya no es | 41 |
| XII. El tiempo es la marca de fábrica dejada por Dios | 43 |
| XIII. Justo al principio | 45 |
| XIV. En la nada infinita de Dios | 47 |
| XV. Vivimos en un mundo en desarrollo | 49 |
| XVI. Para sostener el universo | 51 |
| XVII. Con el espacio y el tiempo | 53 |
| XVIII. A este lado del muro de Planck | 55 |
| XIX. La primera reacción de un individuo | 57 |
| XX. Dios es un jugador | 61 |

| | |
|---|-----|
| XXI. Hay un aspecto de nuestro mundo que nunca se estudia | 65 |
| XXII. Que la historia es trágica lo sabe todo el mundo | 67 |
| XXIII. En el mundo existe el mal | 69 |
| XXIV. Los hombres son libres | 73 |
| XXV. El inmenso beneficio que aporta Dios .. | 77 |
| XXVI. Con Dios es muy sencillo | 79 |
| XXVII. No fueron los filósofos | 81 |
| XXVIII. Nadie piensa realmente que no haya un abismo | 83 |
| XXIX. Esta es la situación | 85 |
| XXX. No hay más que una elección | 87 |
| XXXI. Uno de los argumentos de más peso ... | 89 |
| XXXII. Esto es así | 93 |
| XXXIII. Una idea como otra cualquiera | 95 |
| XXXIV. He amado a Dios | 97 |
| XXXV. Primero está el sol | 99 |
| XXXVI. Desde hace apenas cien años | 103 |
| XXXVII. A pesar de no haber sido pintor | 105 |
| XXXVIII. Presente en todas partes | 107 |
| XXXIX. Dios está en el tiempo | 111 |
| XL. El mundo no existiría sin Dios | 115 |
| XLI. No puedo por menos de agradecer | 117 |
| XLII. Dios está en la naturaleza | 121 |